

LAS AVES DEL CHACO (1)

POR

ENRIQUE LYNCH ARRIBALZAGA

(RESISTENCIA)

I

La presencia de estos seres admirables que llamamos aves constituye el timbre mejor impreso de cada país y de cada sitio: el pingüín en los polos, el cóndor y las águilas en las montañas, las gaviotas, el albatros y demás grandes voladoras en los mares, el ruiseñor en los bosques de Europa, el ñandú en las llanuras de Sud América, el chajá en los esteros argentinos y el picaflor y mil otras alhajas vivientes en las frondas tropicales. Sus cantos o sus gritos son tan característicos de cada región como el idioma o el acento de sus habitantes humanos. De ahí que hermanemos su voz en nuestra memoria y nuestro corazón con los lugares queridos, sobre todo con aquellos en que corrieron las horas deleitosas, inolvidables, de la infancia. Imaginémonos, sino, la súbita emoción que sentiríamos si, hallándonos en tierra extraña y remota, oyéramos de improviso el estridente alarido del chajá o de la chuña, o el melodioso himno primaveral de la calandria argentina. ¿No latiría nuestro corazón con acelerado redoble? ¿No se volvería nuestra imaginación, enternecida, hacia los panoramas de la patria? ¿No se llenarían de lágrimas nuestros ojos?

Yo he amado a las aves desde el primer despertar de mi conciencia. Criado en los ondulados campos del Norte de Buenos Aires, donde, si no existen bosques naturales, abundan los sauces, acacias, duraznos y paraísos plantados en las estancias, y magníficos prados se extienden, cual un muelle alfombrado, hasta la línea del horizonte, asistí de cerca al idilio o el drama biológico de esos seres. Allí, la nota nocturna la dan las numerosas lechucitas de las vizcacheras, que no

(1) Este artículo, del distinguido ornitólogo, miembro honorario de la S. O. P., apareció en la edición especial de "Heraldo del Chaco", de Resistencia, (Julio 8-1920), de donde lo transcribimos con autorización del autor. Siendo esta la primera lista publicada de aves del Chaco tiene para EL HORNERO un especial interés por ser una valiosa contribución al conocimiento de las aves de esa vasta región.

El señor Lynch Arribálzaga nos advierte que como lista de la avifauna local, es muy incompleta, refiriéndose al caso de los tiránidos, representados allí por unas 40 especies, y de los que, no obstante, solo cita 8 especies. Pero, ha tenido en vista, al formularla — dice — "la popularización de la ciencia, especialmente en el medio local, donde existe cierto número de jóvenes, casi todos estudiantes de la Escuela Normal, que pueden interesarse tal vez por este género de estudios, por lo cual conviene darles una base." (Nota de la D.)

cesan de emitir, a lo lejos, en la paz de los campos dormidos, su *cus cuú, chüit*, cual si quisieran imponer mayor silencio a la noche; toda novedad es anunciada por los gritos de alarma del siempre vigilante terutero, que abunda en todas partes y cuyos huevos, de finísima clara alabastrina, son un bocado apetecido por grandes y chicos en la comarca; en los corrales de los «puestos» y estancias o sobre las osamentas del ganado muerto en la llanura, chillan y riñen de continuo los chimangos y las gaviotas; abundantes golondrinas gorjean en el aire, trazando sus amplias y suavísimas curvas, o sobre los tejados rurales, o cruzan con insistencia por delante de los ginetes en marcha, para cazar los insectos que se levantan ante el paso del caballo; en las mañanas de primavera, los tordos azules, que brillan al sol cual si vistieran de raso, esponjan el plumaje, entonando apaciblemente su blando *glu glu glu glu*, al cual responden los fervientes acentos de amor de la inimitable calandria, que ya ríe, ya implora, ya se irrita, ora desmaya, ora levanta la voz con energía, incorporando a su propio repertorio heredado los motivos melódicos de otras aves y los diversos rumores de la naturaleza. Y el vivo interés que hicieran nacer en mi alma esas escenas, dirigió mi atención, ya adolescente, hacia el estudio de la ornitología; formé una colección, bastante completa, de las aves bonarienses ⁽¹⁾, la clasifiqué como pude, visité a menudo la muy rica del Museo Nacional, ante cuyos estantes, repletos de aves embalsamadas y artísticamente armadas, me extasiaba todo el tiempo que toleraban los reglamentos, estrictamente cumplidos entonces por el insigne naturalista Burmeister, que aparecía ante mis ojos como un gran sacerdote egipcio en su templo, profundo, misterioso, imponente, y llegué a producir un primero y tímido fruto de mi labor en tales dominios y sus afines, desgraciada o, mejor tal vez, felizmente trunco ⁽²⁾. Por entonces, me atreví también a publicar otros artículos sueltos sobre aves de mi región nativa, y uno de ellos, en que exhalaba mi entusiasmo ante la belleza y el donaire del siete colores, que en el Chaco llamamos Santa Lucía, me valió tan benévolo juicios y felicitaciones hiperbólicas de los jóvenes literatos de la época que, por poco dado que fuera a la vanagloria, no dejaron de halagar mi amor propio, tanto más cuanto que una importante antología americana quiso honrarme con su reproducción.

Mas no es mi ánimo hacer abuso de mi auto-bibliografía ornitológica, sino simplemente explicar los orígenes de mi preferencia o mi debilidad por las aves, que he experimentado igualmente en este territorio, cuando he residido en sus hermosos bosques y pintorescas abras y junto a sus dilatados esteros, donde la vida orgánica se propaga y agita, como en un hervor eterno.

Yo quisiera contagiar esta inclinación de mi espíritu a la juventud que se está preparando para las lides del pensamiento y de la acción; desearía que no se contentase con la socorrida cursilería de hablar de las flores, las auras y «las canoras avecillas», en sus composiciones más o menos pseudopoéticas y decadentes, sino que procurase caracterizar bien sus ideas y emociones, con notas y rasgos y cuadros y símiles tomados directamente de la realidad, bebidos en el ambiente mismo en que ellos se desarrollan, porque únicamente así puede surgir la belleza y la eficacia de un arte nacional, con sus lógicas variantes regionales. En las fuentes que les señalo, el poeta, el novelista, el historiador, el músico, los pintores y escultores pueden, si miran y estudian, descubrir inagotables formas originales, bellas y adecuadas, para expresar sus ideales e impresiones y para trasladarnos

(1) «Bonariense» digo y no bonaerense, porque la palabra se deriva del plural *Bonaria*, traducción latina de Buenos Aires, es decir, Buenos Vientos, y no *Bon aer*, que significa Buen Aire.

(2) Rápida ojeada sobre la fauna del Baradero, en *El Naturalista Argentino* (editado por el doctor Eduardo L. Holmberg y el autor), 1, páginas 1-18, 52-58, 101-105, 242-248, 330-336 (Buenos Aires, 1878).

con la mente a los escenarios de los hechos, verdaderos o imaginarios, que expongan en sus narraciones. De esta suerte, también se librarán de incurrir en despropósitos, como el de las serpientes que saltan y silban, el de « la ronca voz de los caracoles », que, como todo molusco, son más mudos que la esfinge, el de confundir a sus sonrosados huevecillos con los del sapo, el de aquellas « ramas del yatay » y el nadar de los flamencos, pecados de que con tanto ingenio y gracia tanta acertara a defenderse el popular cantor de *Nenia*; el error de atribuir violentas ponzoñas a muchos animales inocentes o el, aun más censurable, de imputar influencias sobrenaturales a otros tantos, como si aun fueran lícitas las supersticiones de la edad media. Con este género de tonterías, hijas de la ignorancia de la naturaleza, se podría llenar más de un volumen.

II

Carecemos de un libro dedicado especialmente a las aves chaqueñas o, por lo menos, a las del Nordeste argentino; su lista completa misma no ha sido publicada todavía. Sin embargo, en la vieja, pero admirable y utilísima obra de Félix de Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata* (3 vol. Madrid, 1802-1805) o en la versión francesa, contenida en sus *Voyages dans l'Amérique Méridionale* (4 vol París, 1809), el joven aficionado a la ornitología podrá reconocer fácilmente la especie que se proponga estudiar y luego, valiéndose de los distintos trabajos científicos modernos sobre la avifauna argentina, sabrá cual es su designación sistemática actual.

Otro libro de suma utilidad en este caso es el *Catálogo sistemático y descriptivo de las aves de la República Argentina*, por el Dr. Roberto Dabbene (tomo I. Buenos Aires, 1910), en cuyas enumeraciones, completas o poco menos, figura una columna destinada particularmente a las especies de la 4ª zona, o sea del Norte y el Nordeste de la república, que abarca por consiguiente el Chaco, junto con Formosa, Corrientes y Misiones. Lo sensible es que todavía no haya sido impresa la segunda parte de esta obra capital, que comprenderá la descripción detallada de las familias, géneros y especies.

Además, varios zoólogos han colectado u observado las aves del territorio: Luis Jorge Fontana ⁽¹⁾, aunque principalmente en Formosa, el doctor Eduardo L. Holmberg ⁽²⁾ y sobre todo Santiago Venturi, si bien en una comarca segregada del Chaco y que ahora pertenece al Norte de Santa Fe (Ocampo y Mocoví) ⁽³⁾. En cuanto a mí, he cazado y tomado muchas notas cerca de Florencia, en la costa del Tapenagá, precisamente sobre el paralelo de 28 grados, que separa al Chaco de Santa Fe, así como en los montes y cañadas de Basail, que ya es un distrito netamente chaqueño, y más tarde he coleccionado un poco también en Resistencia y sus alrededores.

Con todos estos datos reunidos, he logrado formular la lista casi completa de nuestras aves y puedo afirmar que no bajan de 287 especies, distribuidas en 224 géneros y éstos en 48 familias distintas. Dabbene ha enumerado 887 aves argentinas, pertenecientes a 487 géneros y a 71 familias, de manera que nuestra avifauna contiene una alta proporción del total de las especies de un país tan vasto y de climas tan diversos como el nuestro, el 32.35 % o sea cerca de la tercera

(1) *El Gran Chaco*. 1 vol., Buenos Aires, 1881.

(2) Viaje a Misiones, en *Bol. de la Acad. Nac. de Ciencias de Córdoba*, X páginas 5-144 (1889) y Fauna Argentina, Aves, en el *Segundo Censo de la Rep. Arg.* (I, páginas 494-574, 1898).

(3) Véase E. Hartert y S. Venturi, *Notes sur les oiseaux de la République Argentine* en *Notitales Zoologicae*, XVI (Londres, 1909) y numerosas referencias a las colecciones chaqueñas de Venturi hechas por Dabbene, que las estudió primero, en su obra citada.

parte, al paso que los géneros representados equivalen al 46 % y las familias al 67.60 % de los números totales citados. A cada familia corresponde, en nuestra fauna local, un término medio de sólo 6 especies o menos de 5 géneros (4.66) y cada género no contiene, en el mismo concepto, sino una especie y fracción (1.28), mientras las mismas proporciones resultan en la fauna general de más de 12 especies, es decir, el doble (12.49), de cerca de 7 géneros (6.86) por familia y de poco menos de 2 especies por género (1.82), lo que significa para nuestra faúna una mayor variedad relativa de formas.

Por supuesto que no todas esas aves viven al mismo tiempo en la vasta superficie del Chaco; algunas de ellas, propias de regiones más australes, se internan únicamente en los departamentos del Sur del territorio; otras, por el contrario, no pasan de las márgenes del río Bermejo, y las hay que sólo se adaptan a los terrenos más altos y secos del Oeste, cerca de la frontera con Santiago. Tampoco se encuentran todas constantemente, pues cierto número es de paso, si bien la mayoría es estacionaria.

Voy ahora a pasar una rápida revista a nuestras riquezas ornitológicas, sin sugetarme estrictamente, sino en lo posible, al orden de sucesión sistemática, establecido de acuerdo con sus mutuas afinidades. Que no se alarme el lector al tropezar con nombres greco-latinos; ellos forman como un lenguaje universal de la ciencia y son indispensables para precisar el grupo o especie de que se trate, de tal suerte que, si decimos *Passer domesticus*, por ejemplo, tanto el naturalista inglés, como el italiano o el japonés entienden que hablamos del gorrión común. En cambio, para facilitar al lector local la comprensión del texto, agregaré, siempre que lo conozca, el nombre vulgar equivalente, usado en la región.

III

Encabeza las filas el ñandú, cuyas cuadrillas poblaban hasta hace poco las abras del interior y brindaban carne y dinero, con sus plumas, a los cazadores indígenas, pero que ya se va extinguiendo, a causa de la rápida invasión cristiana. Es el mismo que habita las llanuras del Sur, hasta el río Negro, la *Rhea americana*, cuya interesantísima monografía escribiera el sabio argentino Francisco Javier Muñoz y editara Sarmiento, su ilustre biógrafo. En el Chaco, no se le bolea, sino que se le mata con arma de fuego, apelando el indio a variadas y pacientes maniobras para aproximársele: un haz de ramas verdes sujetas a su cuerpo, para simular un matorral, que lo oculta; el disfraz con una piel completa del mismo avestruz, manteniendo el brazo derecho levantado, para imitar el cuello del ave; una tela roja, que despliega, a fin de atraerlo por la curiosidad, etc.

Entre los altos pastizales se oye el tímido silbar de la perdiz chica o « inambú-í » y la voz melancólica de la grande, martineta o « inambú-guasú ». La primera es la *Nothura maculosa*, la otra el *Rhynchotus rufescens*, y ambas son miembros de la familia puramente americana de los tinámidos, que muy poco tienen que ver con las verdaderas perdices de Europa.

Nuestros cazadores preparan principalmente para ellas sus escopetas, pero, como no abundan tanto como en Buenos Aires, no consiguen hacer iguales hecatombes. En el bosque ocúltase, además, una linda perdicitita, de grito peculiar, que es « una monada »: el « inambú caá-huí » o *Crypturus parvirostris*.

Tenemos cuatro gallináceas, a cual más codiciada por su carne. Todas pertenecen a la familia de los crácidos. La mayor es el « muiú » (*Crax Scateri*), elegante y vocinglero, que habita en las selvas del Bermejo. Luego vienen las pavas de monte, que son dos: la *Penelope obscura* y la *Cumana cumanensis*. La charata, en fin, que es la menor, mas también la más abundante y esparcida,

anima el desierto con sus metálicas dianas, anunciando desde el alba la aparición del sol. Parece como si gritaran en coro, con acento imperativo, *tara tarata, tara tarata* o, como entienden los correntinos, *tira sarasa, tira sarasa*, de cuyas voces se deriva su nombre vernáculo.

Las palomas no se congregan entre nosotros en esas nutridas bandadas que ensordecen con el rumor de sus alas y doblan las ramas de los árboles en las provincias del sur. Dos torceaces grandes, la *Columba maculosa* y la *Columba picazuro*, que son muy semejantes, acuden a picotear los granos en nuestras chacaras. Por el otoño, llegan algunas bandaditas de la especie mediana, la *Zenaida auriculata*, y permanecen durante el invierno; esta es la paloma que abunda más en Buenos Aires. Cada especie tiene su arrullo peculiar, bronco el de las primeras, alterado el de una de ellas, afectuoso y tierno el de las demás, pero ninguno más suave, débil y melodioso como una tímida queja amorosa, que el de la gentil y mansa «yerutí» de los bosques, la *Leptoptila ochroptera*, que se distingue fácilmente por el color acanelado del interior de sus alas. La tortolita o «pieú-í» es el encanto de la primavera y el estío, con su constante arrullar en las enramadas; su nombre científico es *Columbula picui*. Una sexta especie, bastante rara, se suele hallar en el Chaco; es una tórtola roja de chocolate, con la cabeza cenicienta, cuya voz es alta, de timbre irritado y dice *cu cu cucú*; llámase *Columbina talpacoti*. Finalmente, Venturi halló en Ocampo la *Columba rufina*, que suele anidar allí, de modo que es casi seguro que también se encuentre en el Chaco, al Norte del grado 28 de latitud.

Si penetramos ahora en los intrincados esteros y cañadas que caracterizan la fisonomía del litoral chaqueño, observaremos desde luego al desgarrado tuyuyú coral o «Juan Grande» (*Mycteria mycteria*) y a su pariente la cigüeña o «mbaguari» (*Euxenura maguari*), pescando tranquilamente en las aguas. Tal vez acerremos a descubrir asimismo la triste figura de otro cicónido común, el «tuyuyú cangüí», que se distingue por su pico arqueado hacia abajo; es el *Tantalus americanus*. Una bandada de carcales cruzará sobre nuestras cabezas, pulsando las gruesas cuerdas de su bandurria, y se posará en los árboles vecinos, en tanto que otros ibis, deudos lejanos del sagrado de Egipto, picotean en la cañada o las orillas del estero; son el *Theristicus caudatus* y el «caráu-né» (*Plegadis guarauna*). Es probable también que demos con una especie afín de esta última, pues ha sido hallada en Buenos Aires y el río Pilcomayo: el «eurucáu afeitado» de Azara (*Phimosus nudifrons*).

Allá a lo lejos, en la linde del monte, contemplamos un bello y extraño espectáculo; es un árbol cubierto con un manto tan blanco como la nieve. Aproximémonos; centenares de aves levantan lentamente el vuelo y la amplia copa reverdece: es una asamblea de la linda garza blanca, de valiosa pluma, la *Herodias egretta*, a la cual se han incorporado quizás algunos mirasoles (*Leucophoyx candidissima*), igualmente níveos y de aun más codiciado plumaje.

Asustada por nuestra presencia, huye con blandas alas la garza mora (*Ardea cocoi*) y puede ser que también se levanten otras zancudas de la misma familia (ardeidos: el pájaro yaguá (*Nycticorax naevius*), de hábitos nocturnos, que lanza en la altura su áspero *cuá*; el chiflón o *Syrigma sibilatrix*, que toca su agudo silbato todas las mañanas; las pequeñas gareitas *Butorides striata* y *Ardetta involucris* o algún «hocó» de estentórea voz, de cuya vecindad librete el cielo, lector amigo, si por acaso tienes que pernoctar alguna vez a la vera del pantano, porque el sueño no podrá penetrar en tu cerebro (*Tigrisoma marmoratum* y *Botaurus pinnatus*).

Numerosos caráus (*Aramus scolopaceus*), héroes de fábulas y leyendas del pueblo guaraní, escapan con las patas colgantes y abanicando el aire con su

pesado aleteo, mientras otros lanzan desde lejos, del seno de los juncales, su salvaje alarido, comunicando mayor desolación a aquellas soledades imponentes. Otro grito estridente le responde: es una pareja de chajáes (*Chauna cristata*) que pace tranquila la yerba, atento el oído a todos los rumores, cuando no se cierne muy arriba, compitiendo con las águilas. Si descubrimos a orillas de una laguna una preciosa mancha rosada que se refleja en su linfa, podemos estar seguros de que es una bandada de espátulas o patos rosas (*Ajaia ajaja*), émulos de los flamencos cantados por Guido Spano..., pero que tampoco tienen el hábito de la natación. Al caer la tarde, saldrán los ipacaás (*Aramides ypacaha*) de los fachinales, a insultarse con ira creciente, al parecer, gritándose agriamente *tu huaaca, tu huaaca*, como en son de desafío. Otros. rálidos menores y menos belicosos abandonarán también sus escondrijos: la pollonita o limnopardalo negruzco (*Limnopardalus nigricans*), el *Creciscus melanophaeus*, el *Porphyriops melanops*, la gallineta con casco (*Gallinula galeata*) y la bella pollona azul (*Lonornis martinica*). Entretanto, al obscurecer, otras aves de la misma familia, los chiricotes, cantarán en la linde del bosque su agradable dúo conyugal; una voz alta y clara, quizás la femenina, dirá *chirí* y otra muy profunda le contestará al punto, continuando la frase, *coot*, y así seguirá repitiendo su onomatopéyico nombre, para concluir con una serie de *cot, cot, cot*, cada vez más graves, y sin duda masculinos. Sus próximos parientes, las gallaretas o pollonas negras, de que tenemos dos especies, la de ligas rojas (*Fulica armillata*) y la de alas blancas (*Fulica leucoptera*), nadarán gozosas, en grupos, en las aguas libres del estero, zambulléndose a menudo y en un continuo parloteo, que alguien ha comparado con el ladrar de los cachorros.

Si vamos en busca de anátidos, rara vez conseguiremos cazar el ganso (*Coscoroba coscoroba*), tan común en las lagunas del Sur, y no gozaremos del hermoso espectáculo que ofrece el cisne de cuello negro (*Cygnus melanocoryphus*), al deslizarse, gallardo y sereno, sobre las aguas, cual un buque con todos sus trastos al viento, pero podremos conocer otras nueve especies de esta familia de palmípedos, a saber: el pato real, tronco originario del pato criollo doméstico (*Cairina moschata*), los «suirirís» (*Dendrocygna fulva* y *D. viduata*), el patillo (*Nettion brasiliense*), el pato barcino (*Dafla spinicauda*), de puntiaguda cola, dos cercetas (*Querquedula versicolor* y *Q. cyanoptera*), el pato picazo o cresta rosa (*Metopiana peposaca*) y el pato dominico (*Nomonyx dominicus*).

Negros biguáes o zaramagullones (*Phalacrocorax vigua*), congéneres de los cormoranes que en las islas patagónicas elaboran las masas de huano, nadan en nuestros ríos, con todo el cuerpo sumergido y llevando de fuera únicamente su cuello y cabeza serpentinas, con la mirada avizora, para volar o zambullirse en caso de peligro. Con frecuencia, los vemos inmóviles, posados sobre los secos raigones varados en medio de la corriente, sobre todo en el ancho cauce del Paraná o el Paraguay. Aunque raro, también vive, solitario, otro pelecaniforme próximo: el «biguá mboi» (*Plotus ankinga*), cuyo nombre guaraní (mboi, serpiente) alude a lo largo y fino de su cuello y la estrechez de su cabeza, que recuerdan la forma de una culebra.

Nunca he visto gaviotas en el Chaco, mas sí otros láridos: los «atís» o gaviotines, que acechan a los peces en las orillas de los ríos o revolotean ágilmente sobre ellos. Son de tres especies: la *Phaethusa magnirostris*, la *Sterna superciliaris* y la *Sterna Trudeaui*. Luego, otra ave afín de éstas y muy curiosa por la rara disposición de su pico, el rayador, según la llamamos en Buenos Aires, o pico-tijeras, como apropiadamente se la designa en otras partes (*Rynchops nigra*), vuela casi rasando la tersa superficie de las aguas tranquilas, con sólo la mandíbula inferior

sumergida, a fin de apresar con sus comprimidas pinzas el pececillo o insecto con que tropiecen. Es escaso en individuos, de manera que son pocas las personas que lo conocen. Para concluir con las nadadoras, recordaré el macá (*Aechmophorus major*), de lujosa piel, único representante aquí de la familia de los podicipédidos o somorgujos.

Pero aun no he agotado la lista de nuestras aves zancudas o de pantano. Una de ellas es el bonito y confiado aguapeazó (*Jacana jacana*), único miembro argentino de la familia de los párridos (*Parridae*). A favor de sus largos dedos, provistos de uñas rectas, que parecen lancetas, pásase a grandes trancos sobre los camalotes, cuando no despliega sus lindas alitas verdes claras, prorrumpiendo en gritos que parecen risas infantiles. El tero, terutero o «tetéu» (*Belonopterus cayennensis*) no abunda como en el Sur, en cuyos campos, su grito de alarma es la nota más familiar a sus habitantes. No faltan, sin embargo, sus parejas, que suelen anunciar, con su alegre algazara, la vuelta del buen tiempo. El tero real (*Himantopus melanurus*), notable por sus altas zancas coloradas, es escaso en las zonas del Chaco que conozco, mas lo he visto pasar por el paralelo de 28 grados. Dos chorlitos del grupo de los pluviales o carádridos se encuentran en las márgenes de nuestros ríos, arroyos y lagunas; el uno es el *Charadrius dominicus*, de pecho y vientre negros en el macho adulto, blanco impuro en el joven y la hembra, y el *Aegialitis collaris*, blanco por debajo y con un collar negro sobre el pecho. En los mismos sitios y en los pequeños aguazales de los campos, viven otros cinco chorlitos de modesto plumaje grisáceo, del prupo de los totaninos y el de los escolopacinos. Al primero pertenecen el *Helodromas solitarius*, que gusta, en efecto, de la existencia aislada, el «mbatitú» o batitú (*Bartramia longicauda*), que es social, pasa de noche gritando su nombre y emigra a los campos de Buenos Aires, donde engorda a tal extremo con la aceitosa semilla del cardo asnal (*Sylibum marianum*) que apenas puede levantar el vuelo y corre atontado cuando se asusta; al segundo, tres especies del género *Heteropygia*: la *H. maculata*, la *H. fuscicollis* y la *H. Bairdi*, pequeños chorlos que se reúnen en bandadas y vuelan con suma rapidez. La canastita es otro escolopacino, la *Gallinago frenata*, sabrosa becasina que a veces abunda en las cañadas y, sobre todo durante la noche, deja oír su trémulo brrrr..., en «crescendo» y «diminuendo». Venturi ha cazado además en el Chaco otra especie mayor, la *Gallinago gigantea*, que yo no conozco. En fin, la última zancuda de mi lista chaqueña es la *Rostratula semicollaris*, rara y extraña becasina, de pico arqueado hacia abajo.

Dirijamos ahora nuestra atención hacia las rapaces, las aves simbólicas de la fuerza y el poderío.

Hermanos menores del soberbio cóndor son el fúnebre iribú (*Catharista atrata*), y el «iribú pirái» (*Cathartes urubitinga*). El primero, que extiende sus dominios desde los Estados Unidos de América hasta nuestro territorio del Río Negro, de océano a océano, es pájaro de larga historia, como que ha llegado a desempeñar funciones municipales, en pró de la higiene de las ciudades, en Lima, por ejemplo; donde corría «in illo tempore» con la limpieza de los desperdicios corruptibles, que pasaban a su insaciable buche todas las mañanas, por lo cual la ley lo protegía y nadie lo molestaba. Entre nosotros, prefiere las cercanías de las casas campestres o de los mataderos de los pueblos. Es el ave más pacífica, a despecho de su sanguinaria parentela, y se domestica con mucha facilidad. Reposa o atisba su alimento sobre los postes y los árboles muertos en pie y es curioso contemplarlo cuando se seca al sol, perfectamente quieto y con las alas extendidas. Su vuelo es firme y sereno y a menudo se cierne sobre las osamentas que descubre, con su finísimo olfato.

El iribú pirái es mucho más huraño y andariego; es un gran volador, dotado

de largas alas; sin embargo, cuando gira muy arriba, parece con frecuencia como si el viento fuera a derribarle el aeroplano; inclínase bruscamente, pero el ancho timón de su cola y la fuerza de sus brazos restablecen en seguida el equilibrio; gusta sobre todo de registrar los campos desde corta altura; va, como dice Azara, «contoneándose» y «parece que a cada paso quiere posarse».

Existen en América varias especies de *Cathartes*, fáciles de ser confundidas las unas con las otras, mas parece averiguado que la común en el Paraguay y el Nordeste Argentino es el *C. urubitinga*, de cabeza cárdena clara, con partes amarillas, bastante bien descrito por Azara bajo el nombre de «acabiray». Sin embargo, parece indudable que también se halla otra el *C. aura*; tipo del género, por lo menos en el Sur y probablemente en el Oeste del territorio, pues es ave propia del interior de la república; ésta se distingue a primera vista por el tinte rojo vivo de la piel desnuda que cubre su cabeza. Su área de dispersión es enorme; dilátase desde el paralelo de 49 grados de latitud Norte, en los Estados Unidos, hasta la Tierra del Fuego, pasando por toda la costa del Pacífico y abarcando el interior argentino, el Sur de Buenos Aires y toda la Patagonia. En el Chaco, pues, estaría su límite oriental. No sé que los acompañe el hermoso y respetado «iribú-rubichá», cuervo blanco o bandera española, como también suelen llamarlo, según dicen, en el Paraguay, mas no es difícil que de cuando en cuando nos honre con su presencia, porque Azara lo hace llegar hasta el grado 32.

El carancho o «caracará» (*Polyborus tharus*) es muy común y, no obstante, nadie se queja de él, porque no cuidamos ganado menor, en cuyas crías suele hacer estragos. Por el contrario, nos beneficia desorugando los algodones allí donde lo dejan tranquilo. Otros dos polibóridos menores viven en este territorio y a ambos se les confunde bajo el mismo nombre de «caranchillo»; son el *Milvago chimango* y el *M. chimachima*, los dos relativamente escasos, particularmente el primero, que abunda tanto en las estancias porteñas. Las aves de este grupo, aunque de la familia de las águilas y los halcones (*Falconidae*) no son propiamente de presa; apenas si la primera se atreve a apoderarse de algún débil pollito o uno que otro anfibio.

En cambio, poseemos un buen número de otras rapaces diurnas verdaderamente temibles para las demás aves y los pequeños mamíferos y reptiles; ellas son nuestras águilas, halcones y gavilanes. Las primeras no son águilas legítimas, sino del grupo menos noble de los buzos (*Buteoninae*); su magnitud, fuerza y valentía son, sin embargo, considerables. Las mayores son la «obscura y blanca» de Azara (*Geranoaetus melanoleucus*), su «coliblanca» (*Tachytriorchis albicaudatus*) y el águila colorada o «taguató puigntá» (*Heterospizias meridionalis*); es frecuente ver a las dos primeras cernerse con elegancia, atisbando desde muy arriba la presa codiciada; a la última, se la encuentra a menudo en la orilla de los bosques; su espaldá roja de canela la denuncia desde lejos. Dos gavilanes, el *Circus cinereus* y el *C. maculosus*, recorren sin cesar las abras, siempre contra el viento, o espían, circulando sobre las casas de campo, a las aves de corral. Otros prefieren subsistir de ranas, sapos, serpientes y moluscos, que cazan principalmente en los esteros; tales son el caracolero (*Rostrhamus sociabilis*), que acostumbra reunirse en bandadas, el *Leptodon cayennensis*, de gancho pico, el haleón «azulejo» de Azara (*Ictinia plumbea*), el águila negra o «taguató hñ» (*Urubitinga urubitinga*), el águila pampa, (*Busarellus nigricollis*), que se distingue por su cabeza blanca y sus partes inferiores rojas castañas, así como por las agudas escamas que revisten la planta de sus dedos, el halconcito blanco (*Elanus leucurus*), que vive constantemente apareado y se denuncia por su voz, que dice «eri eri eri eri», y hasta el grande y huraño «pájaro guaiecurú» (*Herpetotheres cachinnans*), que lanza durante largos ratos su salvaje grito:

«maa, cahuá, maa cahuá». Algunos de nuestros «halcones» persiguen a los pajaritos, los apereás y los ratones, sin desdeñar los reptiles y las langostas; entre éstos se cuentan el esparvero «negriblanco» o «faxado» de Azara (*Micrastur semitorquatus*), el bonito «gavilán chohuí» (*Geranospiza caerulescens*), de patas rojas coralinas, que también suele dedicarse a la caza de pollos, los esparveros «azulejo» y «pardo y goteado» de Azara (*Accipiter pileatus* y *A. guttatus*) y un halconcito que abunda en el invierno y que, al perseguirse los sexos o reñir entre sí, revolotea gritando «tiritirí tití, tiritirí tití, titití, titit, titit» (*Hypotriorchis rufigularis*). Son comunes también el halconcito colorado, que es un cernícalo cuya patria es toda la América (*Cerchneis sparverius*), y el de cabeza negra, llanado «indayè» en el Paraguay (*Rupornis magnirostris*); ambos son principalmente insectívoros y el último es tan mansejón que se ha merecido el dictado de «pájaro bobo».

Cierra la serie de nuestras rapaces diurnas la conocida chuña de patas coloradas o «saria» (*Cariama cristata*), adaptada a los altos gramales de estas regiones, hasta el punto de ser tan zanquilarga como una cigüeña, de donde viene que para muchos naturalistas no sea un ave de rapiña, sino una grulla. Se domestica con suma facilidad y, tan vigilante como los gansos del Capitolio, no deja de advertir toda novedad con su aguda música cancanera, a que estamos ya habituados los habitantes de esta capital.

Ocho son los rapaces nocturnos que viven en el Chaco: el respetable «ñacurutú» (*Asio magellanicus*), que ulula lúgubrementemente en las selvas en las altas horas de la noche y estremece supersticiosamente a las personas crédulas o de poco corazón; el lechuzón de los campos (*Nyctalops accipitrinus*) y el de las ruinas y campanarios (*Aluco flammea*), el «ñacurutú-í» (*Otus choliba*) pequeño buho de los bosques, el «suindá caahuí» (*Ciccaba suinda*), la lechucita de las cuevas (*Speotyto cunicularia*) y dos «cabureis»: el común (*Glaucidium brasilianum*) y el enano (*G. nanum*). El lechuzón de los campos, ave casi cosmopolita, no es frecuente; el otro, que muchos llaman también «suindá» y es asimismo habitante de ambos hemisferios, si bien se modifica y ofrece muchas razas locales o subespecies, de las cuales la argentina es la *perlata*, es muy común: todos podemos observarlo en los muros de nuestra inconclusa iglesia parroquial. Las otras especies, incluyendo la lechucita que en Buenos Aires llamamos de las vizcacheras y es tan propia de las pampas, son aquí relativamente escasas en individuos. Los cabureis o reyes de los pajaritos son célebres por las agüerías que atribuye el vulgo al animal y sus despojos.

La familia de los loros o sitácidos cuenta en nuestros bosques con diez especies de variada magnitud, desde los gigantescos y magníficos guacamayos, el rojo (*Ara chloroptera*) y el azul, con vientre amarillo (*A. caninde*), ornatos de la zona del Bermejo, hasta la pequeña y simpática cotorrita «chiripepé», de cola de grana (*Pyrrhura vittata*). El más común es el «loro satí» (*Conurus acuticaudatus*), de áspero grito y que anida en los huecos de los troncos. La cotorra (*Myiopsitta monachus*) me parece de paso en nuestro territorio; he visto llegar sus bandaditas por el mes de Abril, pero nunca he hallado sus grandes nidos de palitos. El «maracará-í» (*C. leucophthalmus*) abunda en algunas comarcas; al «ñendai» (*C. nenday*) lo creo escaso; el *C. aureus* ha sido señalado en el Chaco salteño, sobre el alto Bermejo, de modo que es probable que exista igualmente en nuestros montes, más al Este. El loro hablador (*Chrysotis aestiva*) atruena las abras y arboledas con su áspera cháchara y no hay rancho chaqueño que no posea un ejemplar gritón y conversador, en castellano o en guaraní. Hay, en fin, otro loro de cola corta cuyas bandadas he visto en primavera, cerca de Florencia, y que tal vez sea el *Pionus maximiliani*.

En las barrancas de todas las corrientes, tienen sus cuevas y anidan los martines pescadores, cuyos hábitos ictiófagos les han valido el nombre que llevan. Son tres las especies que se encuentran en nuestro país: la grande (*Ceryle torquata*), la mediana (*C. amazona*) y la pequeña (*C. americana*). La primera y la segunda son las más comunes. Pertenecen como se ve, al género *Ceryle*, único representante en la República Argentina de la familia de los halciónidos.

A continuación se colocan los miembros de la de los caprimúlgidos o «igüiyafés», seres extraños que recuerdan las formas de las golondrinas y el plumaje nebuloso de las rapaces nocturnas. Como ellas, entran también en actividad al aproximarse o ya bien entrada la noche. Con el crepúsculo vespertino, aparece el perezoso o «pájaro atei» (*Podager nacunda*), gambeteando ágilmente y haciendo ejercicios de aerobacia en el aire, para apoderarse de los insectos de que se nutre. Más tarde, prorrumpe en frases airadas el tres-cuatro-cueros, que creo el *Caprimulgus parvulus*, y no cesa de gritar en ciertas noches cálidas de verano, en tanto que otra especie que no he logrado identificar produce un largo gluglulgú, como si derramara una botella llena de agua, y que el dolorido «urutái» (1) clama en la sombra del bosque, con acentos casi humanos. Este es el *Nyctibius griseus* y el pueblo lo llama también «la vieja», a causa de sus plañideros gritos; el misterio de su vida lo ha convertido en héroe de leyendas populares, desde las Antillas hasta aquí. El elegante *Hydropsalis furcifer*, de larga cola bifurcada, el *Eleothreptus anomalus* y el *Caprimulgus rufus* son igualmente elementos de nuestra fauna.

Entran asimismo en ella dos cipsélidos o vencejos, la *Streptoprocne zonaris* y la *Chaetura Andrei*, y ocho golondrinas. De éstas, nos es bien familiar a todos la doméstica *Progne chalybea*, cuya grata visita recibimos en los primeros días templados de la primavera, para verla partir a países más septentrionales así que la temperatura desciende, al aproximarse el otoño. Las otras especies son la *Iridoprocne leucorrhoea*, golondrinita campestre de rabadilla blanca, y su congénere la *I. albiventris*, la *Hirundo erythrogastra*, muy semejante a la clásica especie de Europa (*H. rustica*); la *Phaeoprogne tapera*, la *Pygochelidon eyanoleuca*; el *Alopochelidon fucatus* y la *Petrochelidon pyrrhonota*.

A las plantas de flor tubular, a menudo a las enredaderas de nuestros corredores, acuden los vibrantes y preciosos picaflores o «mainumbies», esas brillantes joyas pletóricas de vida que inspiraron a Buffon, el gran naturalista poeta, una de sus páginas más entusiastas: «La esmeralda, el rubí y el topacio brillan sobre su plumaje, dice: jamás lo mancha con el polvo de la tierra y, en su vida siempre aérea, vésele tocar apenas el césped, por instantes; está siempre en el aire, volando de flor en flor; tiene su frescura, como tiene su esplendor; vive de su néctar y no habita sino los climas donde ellas se renuevan sin cesar». El macho del *Helimaster furcifer* es uno de los más bellos, cuando viste su librea nupcial en primavera; su garganta y su pecho son de un azul turquí lleno de luz, y una mancha de rubí adorna el arranque de la primera; en el resto del año, su plumaje es modesto, como el de la hembra. El *Chlorostilbon aureiventris* y otro, de garganta azul, que no he conseguido identificar, le siguen, en cuanto a hermosura,

(1) Y nó *urutái*, como le llamó el dulce poeta nacional:

“Llora, llora urutái,
En las ramas del yatái:
Ya no existe el Paraguái,
Donde nací, como tú”.

(Guido Spano, *Nenia*).

y después, menos lujosamente ataviados, aunque siempre muy lindos, se colocan la *Hylocharis sapphirina* y la *H. ruficollis*, éste el más común de todos.

Siete cucúldos viven en el Chaco o, mejor dicho, lo visitan todos los años, pues no soportan sus inviernos. Uno de ellos es el pilincho (*Guirra guira*), tan familiar, tan inteligente y tan simpático. Los demás son aves salvajes y dolientes; el «chochí» o crispín (*Tapera naevia*), que va, según la leyenda, eternamente llorando y llamando a su hermano, perdido en el monte; los anós (*Crotophaga ani* y *C. major*), de negro plumaje y grito plañidero, y dos *Coccyzus* cuculillos huraños que gustan de ocultarse en la copa de los árboles y lanzan desde allí sus broncas voces de llamada, que dicen «cau, cau»: el *C. melanocoryphus*, y el *C. cinereus*.

Hasta ahora no he hallado sino un «tucá» o tucano en el Chaco, el *Rhamphastos toco*, de enorme pico, negro, con el pecho y la rabadilla blancos y las subcaudales de un vivo carmesí; pero, habiendo encontrado en Formosa el «tucái» o tucá de pecho anaranjado y vientre rojo, no me parece difícil que exista igualmente en las costas del Bermejo, cerca del Paraguay.

Nuestros pícidos o carpinteros son, por lo menos, diez, y varios abundan, sobre todo en los bosques, si bien uno de ellos es esencialmente campesino. Este es el *Colaptes agricola*, que vemos u oímos chillar con frecuencia sobre los taurúes y los postes de los cercos. El fuerte grito del *Leuconerpes candidus*, especie blanca y negra y sin copete, se oye de muy lejos y suena «tírr, tírr». En el seno de la selva resuena el seco martilleo que aplican a los troncos el *Campephilus leucopogon*, de cabeza sanguínea en el macho, negra, con el occipucio rojo, en la hembra, y que ostenta dos bandas blancas en la espalda, sobre fondo negro; el *Neophloeotomus Schulzi*, de gorro puntiagudo escarlata y sin rayas dorsales blancas; el *Chloronerpes aurulentus*, verde oliváceo, con la coronilla y una estría malar encarnadas; el *Chrysophilus melanolaemus*, negro, fajado de blanco en la espalda, con la raya malar y un copete occipital también rojos; el *Veniliornis olivinus*, oliváceo dorado en el dorso, con rayitas amarillas, por debajo aceitunado y con fajas leonadas, y con la nuca escarlata, y el *Dryobates mixtus*, que se distingue por una gran mancha blanca a cada lado del cuello y sólo las puntas del copete occipital teñidas de rojo en la hembra. Otro carpintero, el *Melanerpes cactorum*, prefiere perforar el blanco tronco de las tunas, en cuyo interior anida.

Dos veces he observado en la espesura del bosque, en la costa del Tapenagá, una especie de gorro pajizo claro, que probablemente es un *Celeus*, el *C. Kerri* o el *C. lugubris*, y he visto de cerca un minúsculo carpinterito, del tamaño de un cachilo, que no ha de ser otro que el *Picumnus cirrhatius*, hallado por Venturi en el Chaco.

El gran orden de los pájaros propiamente dichos (*Passeres* v. *Passeriformes*) se halla representado, por supuesto, en nuestro territorio por bastantes especies, ricas algunas de ellas en individuos. Las familias que cuentan aquí con mayor número de especies son los tiránidos, que llegan a cerca de 40, y los fringílidos, que ascienden a 26.

No conozco sino tres formicáridos, todos del género de los «bataráes» o *Thamnophilus*, habitantes de los matorrales ribereños. Los hiláctidos y los conopofágidos son extraños a nuestra región; únicamente el gallito *Rhinocrypta lanceolata* es posible que se encuentre en el Oeste, pues vive en la vecina provincia de Santiago del Estero.

El alonsito (*Furnarius rufus*), tipo de los furnáridos, nos encanta con su airoso andar, sus regocijados dúos matinales y, sobre todo, con su notable industria arquitectónica, que revela una rara inteligencia. El «añumbí» (*Anumbius anumbi*) y los facelódonos (*Phacelodomus ruber*, *Ph. sibilatrix* y *Ph. striaticollis*)

demuestran análogo talento constructivo, al formar sus grandes nidos de palitos espinosos, generalmente suspendidos de una rama, lo que les ha valido el nombre de «leñateros». Los pequeños sinaláxidos y sus afines no les van en zaga y algunos llaman la atención por el timbre de su voz, especialmente la *Synallaxis phryganophila*, que la tiene cavernosa e impropia de la talla del pajarito, y la *S. cinnamomea* (?), que canta insistentemente «ti ti ti ti» durante los días lluviosos. Tenemos nueve especies chaqueñas de estas avecitas, por lo menos: un *Phloeocryptes*, siete *Synallaxis* y una *Cranioleuca*. En Ocampo, muy cerca de nuestro deslinde con Santa Fe, observó Venturi la *Upucerthia certhioides*, así como la *Coryphistera alaudina*, que se señala por su alto copete. También vió allí el *Xenicops rufus superciliatus*.

El *Sittasomus sylviiellus* es un pequeño dendrocoláptido que recorre activamente las ramas de los árboles, a caza de insectos. Las marañas de las selvas son alegradas con frecuencia por las altas y nítidas escalas del *Xiphocolaptes major*, que parece un gran hornero o alonso trepador y que asciende fácilmente por el plano vertical de los troncos, en cuyo ejercicio rivaliza con él otra especie de la misma familia, que es bastante común en los algarrobales, el *Picolaptes angustirostris*.

Parece que no hay en el Chaco sino cuatro cotíngidos y que son bastante escasos: el *Platypsaris rufus*, el *Pachyrhamphus polychropterus*, el *P. viridis* y el *Xenopsaris albinucha*.

En seguida de los pípridos, de que no tenemos especie alguna, vienen los tiránidos, pájaros muy útiles, por sus hábitos insectívoros, y que, como ya he dicho, son como cuarenta en nuestro territorio. A esta interesante y numerosa legión pertenecen el popular «pitohué» (*Pitangus sulphuratus*), la blanca viudita (*Taenioptera irupero*), el negro pico de plata (*Lichenops perspicillata*), la matadura (*Machetornis rixosa*), la chinchurisa (*Serpophaga munda*), el «suirirí» (*Tyrannus melancholicus*), el encendido churrinche (*Pyrocephalus rubinus*), la graciosa tijerilla (*Muscivora tyrannus*) y una serie de otras formas cuya enumeración tomaría demasiado espacio en esta ligera revista.

¿Quién no conoce la pequeña y doméstica tacuarita, cuyos dulces gorgoros saludan las primeras tibiezas de la primavera? Es el *Troglodytes musculus*, que se encuentra en toda la república y, junto con otro pajarito de voz melodiosa, el *Cistothorus polyglottus*, representa aquí a la familia de los troglodítidos.

Dos túrdidos, del grupo de los mirlos, entonan sus himnos en nuestras florestas. El mejor cantor de ellos es el zorzal de pecho colorado (*Planesticus rufiventris*), que abunda en el interior; por eso se le cría y mantiene en cautividad en muchos hogares. El otro es su congénere el zorzal de pecho blanco (*P. amaurochalinus*).

Pero ningún músico silvestre puede rivalizar con la melodiosa calandria (*Mimus saturninus*), tipo de la vecina familia de los mímidos. Desgraciadamente, no se presenta o es muy rara fuera del Oeste del territorio. En cambio, su hermana, la que Azara llamó «tres colas», a causa de la apariencia de sus plumas caudales (*M. triurus*), de breve y mediocre cantar, es ave bastante común en todas partes.

Los chibiros (*Cyclarhis gujanensis* y *C. ochrocephala*) gritan su nombre en la arboleda, en unión de la *Vireosylva chivi*, los tres de la familia de los vireónidos.

Las primitas (*Anthus*), que pertenecen a la de los motacélidos, son muy raras en nuestros campos, mientras abundan en los de las provincias del Sur. Sólo he visto unas pocas y cazado un ejemplar, cuya especie no logré aun determinar con seguridad, si bien me pareció el *A. lutescens*.

Los notíltidos (*Notiiltidae*) son pajaritos de reducida talla y lindos colores. De las siete especies argentinas, cuatro, por lo menos, viven en el Chaco. Una de ellas, que en el Paraguay llaman «pihtiaüyumi», el *Compsothlypis pitiayumi*

es precioso: azul por encima, con la espalda verde, y amarillo por debajo, con el vientre blanco. Los otros son el *Geothlypis aequinoctialis*, el *Basileuterus auricapillus* y el *B. leucoblepharus*.

Paso por alto dos pequeñas familias, los cerébidos y los tersínidos, porque no tienen representantes aquí. Los tanágridos, que se colocan a continuación, cuentan con ocho especies chaqueñas, a cual de ellas más bonita. Una de ellas es el Santa Lucía (*Thraupis bonariensis*), cuyo macho se destaca por el azul, el anaranjado, el negro y el amarillo de su plumaje; otro es el conocido «chohuí» (*T. sajaca*), corsario de los naranjales. Los demás son la *Pyrranga flava*, de librea roja de fuego en el macho y amarilla en la hembra; la *Euphonia aurea*, que es preciosa en el sexo masculino, por el contraste que hace el azul violáceo oscuro de su capa y el negro de su garganta con el amarillo vivo de su frente y sus partes inferiores; el cardenal azul (*Stephanophorus leucocephalus*), del color que indica su nombre, con la coronilla blanca, la frente negra y un copetito encarnado, la *Thraupis cyanoptera*, que es otro chohuí, confundible con el común, pero escaso; el *Tachyphonus rufus*, de librea renegrida y charreteras blancas en el macho y bermeja en la hembra, y la *Thlypopsis sordida*, que no conozco, observada en Ocampo por Venturi y que ha de llegar asimismo al Norte del grado 28. Todas son aves aficionadas a la fruta y que nos visitan anualmente, desde el otoño hasta la primavera, que es la época de la naranja.

Los fringílidos, pájaros principalmente granívoros, son numerosos, no sólo en especies, sino también en individuos, que a veces se reúnen en bandadas. En el Chaco, pueden encontrarse no menos de 26 especies, que no he de enumerar ahora totalmente, sino citar las más notables. El cardenal es una de ellas, por su rojo y alto copete, por su canto y la facilidad con que se domestica; es la *Paroaria cucullata*. Tenemos también un congénere menor, de cabeza sanguínea, mas no copetudo: la *P. capitata*. El cardenal amarillo (*Gubernatrix cristata*) aunque con escasez, es de creer que se encuentre en el territorio, puesto que sube, por el Sur, hasta la provincia de Corrientes. El «ará-guirá», pájaro del día o de la luz (*Coryphospingus cucullatus*), es una linda avecita color de fuego que ostenta un copetito «del rojo más subido, brillante y bello que pueda verse», como dice Azara; suele hallarse en los alrededores de esta capital. El conocido y manso cachilo, el gorrión de América (*Brachyspiza capensis*), cuya patria se extiende desde los Estados Unidos hasta el estrecho de Magallanes, si bien diversificado bajo varias formas o subespecies regionales, va siendo paulatinamente desalojado por el pícaro gorrión europeo; el «manimbé» (*Myospiza manimbe*) pequeño y de humilde vestido, se oculta entre los pastizales de las abras y emite por la mañana su nota fina y metálica de llamada; el jilguero de cabeza negra (*Spinus ictericus*) gorgoea animadamente en los lindos días de la primavera, con el arte y la dulzura de un canario, en tanto que el «chuí» o jilguerillo amarillo (*Sicalis Pelzeni*) ensaya canciones más modestas y el mixto (*S. arvensis*) chilla en los sembrados. Las tres especies argentinas del género *Saltator*, grande y de grueso pico, viven en nuestros bosques y gritan de un modo muy parecido al de los chibiros (*Cyclarhis*), de la familia de los vi-reónidos. Integran, finalmente, la lista de los fringílidos del Chaco, seis corbatitas (*Sporophila*), la *Volatinia jacarina*, dos o más pospizas (*Poospiza*), la *Embernagra platensis*, el *Emberizoides herbicola*, el *Arremon polionotus*, la *Coryphospiza albigrons* y la *C. melanotis*. En cuanto al gorrión, aunque es un intruso, traído de Europa, vive ya en nuestro país como en su propia tierra originaria y va invadiendo sin cesar toda la faz de la república y las naciones colindantes; los primeros individuos, que se establecieron en los machinales de la iglesia de Resistencia, fueron observados por mí, cuando nadie había notado su presencia, hace como once años; desde entonces, se ha multiplicado a sus anchas y ha irradiado sobre muchas lenguas

a la redonda. Su nocividad o sus beneficios son sumamente discutidos en Europa y Norte América, a tal punto que la opinión de los Estados Unidos es divisible en dos partidos, el de los gorrionistas y el de los antigorrionistas, pero aquí no se ha advertido que cause perjuicios de alguna consideración y, en cambio, anima con su presencia y sus gritos las calles y paseos.

Otro grupo de pájaros granívoros es el de los ietéridos, exclusivamente propio de América y que se singulariza por su carácter sociable en la mayoría de las especies y por los vivos matices rojos o amarillos que adornan su plumaje o el lustre sedoso de éste, cuando son de color oscuro uniforme. En el Chaco, son numerosos; puedo señalar la existencia en él de 16 especies. Tres son los boyeros, industriosos tejedores de nidos en forma de bolsillo, que suspenden de los árboles: el de charreteras y lomo amarillos (*Cacicus chrysopterus*), el de rabadilla roja (*C. haemorrhous*), descubierto por Venturi en el Chaco santafecino, y el completamente negro, con el pico blanco (*Amblycercus solitarius*). Llamamos impropriamente «tordos» a varias especies gregarias; varias de ellas habitan en los juncuales de los esteros; tales son el hermoso federal o pájaro soldado (*Amblyramphus holosericeus*), negro, con la cabeza, el cuello y las piernas rojos encendidos, los pechos amarillos (*Agelaius cyanopus*, *Pseudoleistes virescens* y *Ps. guirahuro*) el cabeza amarilla (*Agelaius flavus*) y el corona de canela (*A. ruficapillus*), pero todos salen al campo alto y devastan los maizales. El «bobolink» de los norteamericanos (*Dolichonyx oryzivorus*), que pasa entre ellos por uno de los mejores cantores en jaula, aparece también aquí en pequeñas bandaditas, nunca en tales cantidades que constituyan una plaga de la agricultura, como sucede en los Estados Unidos.

El primer puesto entre los músicos alados correspóndele de derecho, después de la calandria, al «guirahú» o tordo negro (*Aaptus chopi*), que en el Paraguay llaman «chopí» y en el Brasil «chopim», sin duda porque inicia sus briosas melodías repitiendo varias veces esa sílaba; forman coros numerosos y, aunque cada ejecutante canta por su lado, como los de una orquesta ensayan instrumentos antes de que el director levante la batuta, el inarmónico conjunto resulta encantador. Cautivo desde pequeño, aprende y repite los más variados temas melódicos. Por mi parte, confieso que, habiendo muerto muchas aves, con fines científicos, siempre fui aplazando el sacrificio de un guirahú y concluí por venirme a la ciudad sin haber disparado mi Flobert sobre ninguna de estas amables avecitas, que habían alegrado muchas de mis horas en la soledad del desierto.

El tordo azul (*Molothrus bonariensis*), de reluciente plumaje masculino y tristemente pardo en el de la hembra, no abunda, ni con mucho, tanto como en Buenos Aires, si bien suelen verse llegar algunas pequeñas bandadas a la entrada de la primavera. Tenemos además dos congéneres, menos numerosos todavía en individuos: la mulata (*M. badius*) y el tordo de pico corto (*M. brevirostris*).

Finalmente, un bonito pecho colorado, el *Leistes militaris*, y el boyerito, de charreteras rojas caneladas (*Icterus pyrrhopterus*), viven asimismo en el Chaco; el último es confiado y suele penetrar, en invierno, en nuestros jardines urbanos.

Para concluir, debo recordar las urracas o «acaés», pertenecientes a la familia de los córvidos y parientes por tanto de los cuervos, los grajos y la famosa picaza, marica o urraca verdadera (*Pica caudata*) de Europa.

Son dos; la más conocida es la azul (*Cyanocorax chrysops*), que se cría en cautividad y es artículo de activo comercio, pues no falta en ninguna de las pajarerías de Buenos Aires. Sus variados gritos resuenan a menudo en el bosque y en la proximidad de las casas campestres; yo le he contado no menos de seis voces distintas, que usa según las circunstancias. La urraca morada anda en pequeñas bandadas y es mucho menos atrevida e inteligente; sólo se le oye un grito que dice ásperamente «kerr, kerr».